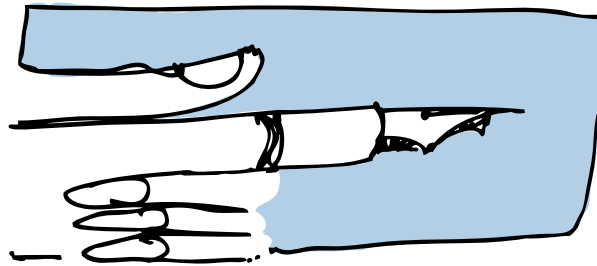


# Humanismo integral y universidad: *México y América Latina*

*Luis Eduardo Ibáñez*



La Universidad,<sup>1</sup> invención medieval de pretensiones globales, tuvo sin duda un temprano florecimiento en nuestras tierras americanas, aunque quizá para el siglo XVI el modelo ya era viejo en Europa. Me explico: la Iglesia buscaba reunir en los pasillos el conocimiento humano, comprenderlo y darle unidad. La pretensión cristiana católica siempre fue y ha sido un anhelo por unir la diversidad, una aspiración a darle sentido a toda la experiencia del hombre sin importar su origen.

Pero la Universidad correría la misma suerte que el Estado de los austrias acuñado en la imperial Península Ibérica. Cuando la alianza que encabezaban Castilla y Aragón se hizo presente en Mesoamérica, ya media Europa cuestionaba el liderazgo de la Iglesia. Al tiempo que se funda la Pontificia Universidad de México, la leyenda negra comenzaba a hacerse popular entre los rivales de Felipe II.<sup>2</sup> Ya desde entonces la Universidad veía reducido su universo a una sola de las visiones engendradas por las dos reformas religiosas: la protestante y la católica.

No obstante, el mundo hispano católico, que hacía ensayos por mestizarse con el mesoamericano, tenía frente a sí una tarea ingente: sintetizar dos trayectorias históricas hartamente distintas. Formular un modelo de nuevo mundo, mejor y antes que el que habría de forjarse en Norteamérica muchos años más tarde: los dos franciscos, por mencionar solo a algunos de los gerifaltes del pensamiento hispano católico, legaron a la Nueva España sendos paradigmas de sociedad.

<sup>1</sup> Una versión del presente artículo fue presentada como ponencia en Puebla, en octubre de 2006 ante rectores de universidades latinoamericanas de inspiración cristiana.

<sup>2</sup> Un texto sobre el particular en José Antonio Vaca de Osmá. *El imperio y la leyenda negra*. RIALP: Madrid, 2004.

Uno, el de Vitoria,<sup>3</sup> desplegó las posibilidades del mestizaje al definir la filiación divina de los americanos; mientras que el otro, Suárez,<sup>4</sup> permitió la convivencia de tres repúblicas bajo una sola ley real. Es decir, crearon un paradigma amplio que daba su lugar a las diferencias, cualesquiera que estas fueran dentro de un reino unificado. El virreinato es, en el plano social, regional, económico y político, el espacio de la diferencia, sólo que toda ella estaba subyugada por igual al mismo rey. En el plano teológico, todos eran hijos de Dios y herederos de su reino.

La América hispanizada tenía frente a sí los elementos simbólicos para realizar las utopías que Moro, Milton y otros balbuceaban.<sup>5</sup> En el nuevo mundo cabía la unidad política y filosófica de la diversidad cultural y étnica, pero no religiosa. Aunque, matizando lo anterior, habría que reconocer que no solo las distintas órdenes ofrecían varias inspiraciones de la misma rama cristiana, y que el sincretismo fue moneda común en el pacto de dominación finalmente aplicado.

La Universidad se perdió, como muchas otras cosas, cuando fuimos incapaces de conciliar el impacto de la modernidad borbónica, que sacudía la construcción edificada por los austrias, ya cuando la ola anglosajona protestante tocaba las puertas del imperio. Las guerras

<sup>3</sup> Ver de Mauricio Beuchot, "Francisco de Vitoria y la Justicia", en *Letras libres*, Febrero del 2004. Sobre Suárez, la obra de Ignacio Gómez Robledo. *El origen del poder político según Francisco Suárez*. FCE-U. de Guadalajara, 1998.

<sup>4</sup> Ver la el artículo de Carlos Herrón Peredo, "Ideales comunitarios de Vasco de Quiroga" en *Enlace*, expresiones de la sociedad civil, Revista digital de la Unidad para la Atención de Organizaciones Sociales de la Secretaría de Gobernación. Octubre-diciembre 2005, Época nueva, año 3 número 2.

<sup>5</sup> Consultar El artículo de Charles Hale, "Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la revolución" en la revista *Historia Mexicana*. HMex, XLVI: 4, 1996, pp. 821-37.

de Independencia, verdadero caos político y espiritual, pospusieron un siglo, por lo menos en México, el intento de unir lo diverso. A partir de entonces se trataba de ser moderno o tradicional, casi nadie compartía la ocurrencia de una fusión afortunada.

El liberalismo, el de corte inglés y el de factura francesa, se desahijó del zoclo católico. Con despecho, trató de arrancar de raíz el árbol plantado por los austrias para sustituirlo por otro. No fue un híbrido, ni siquiera un injerto, se pretendía una reconversión radical de la cosecha. Ahí perdimos y ganamos un poco, pero más que todo, dejamos atrás la búsqueda de la unidad en la diversidad: nos desgajamos.

Hasta bien entrado el siglo XIX, Justo Sierra<sup>6</sup> retomó la empresa universitaria, pero sólo de nombre, pues el paradigma positivista reducía la vida a las manifestaciones de una ciencia incipiente y pretenciosa. No se trataba de unir lo distinto sino de aplicar un modelo ilustrado, deducir una ciencia importada en vez de inducirla de la realidad mestiza mexicana. Se creía que México había vivido en el error y era necesario recuperar el tiempo perdido mediante el injerto de tecnologías en todos los ámbitos.

El ejército, la Iglesia, las cofradías laicas, los pueblos mesoamericanos, los incipientes gremios de aparceros y de arrieros, las regiones y los cabildos, eran políticamente incorrectos. El futuro era el ciudadano burgués egoísta en lo individual y solidario en el interés general, devoto de un Estado moderno que apenas asomaba sus primeras notas, pero que era un perfecto desconocido para el mexicano común. Nada más ajeno al crisol hispanoamericano de entonces y quizás todavía de nuestros días.

La asfixia del positivismo coincidió con el hecho revolucionario. Manuel Gómez Morín<sup>7</sup> fue uno de los que se rebeló contra la armadura de una ciencia poco experimental y harta jacobina. José Enrique Rodó colocó a Ariel<sup>8</sup> en el pedestal latinoamericano. El idealismo se fundió con la cultura del terruño o como diría Vasconcelos: "por mi raza hablará el espíritu".<sup>9</sup> Habíamos ganado en la pureza de nuestras intenciones y vuelto la mirada hacia el interior, pero en cambio desdeñamos las ventajas del frío empirismo que apenas iniciábamos a prohijar.

<sup>6</sup> Así inicia ni más ni menos su ensayo "1915" Manuel Gómez Morín, ver 1915 y otros ensayos. Jus: México, 1973.

<sup>7</sup> Un comentario actual sobre la obra de José Enrique Rodó en Leopoldo Zea y Hernán Tabuada. Arielismo y globalización. FCE: México, 2003.

<sup>8</sup> Sin duda una expresión bella, inclinada al aspecto inmaterial de una educación que habría de liberar las notas culturales propias de Latinoamérica.

<sup>9</sup> Acerca de una clasificación de los grupos políticos universitarios en la UNAM durante los años treinta y cuarenta, consultar el trabajo de Gabriela Contreras Pérez. Los grupos católicos en la Universidad Autónoma de México (1933-1944). UAM-Xochimilco: México, 2002.

En esa época de refundación, no obstante, parecía que de nuevo se reunían distintas tradiciones filosóficas y fuerzas políticas en la Universidad Nacional. Se hablaba de los socialistas, los católicos y los oficialistas.<sup>10</sup> Durante los años treinta el país se reacomodó y la Universidad, enriquecida por una nueva hornada de eruditos españoles, volvió temporalmente a dar espacio a la alteridad.<sup>11</sup>

Pero duró poco la pluralidad. En breve la educación fue cayendo bajo la égida del gobierno posrevolucionario y los católicos cayeron en la trampa de refugiarse en las posibilidades de la educación privada.<sup>12</sup> Los años cuarenta vieron surgir simultáneamente universidades privadas, católicas y oficiales y, poco a poco, la Nacional se dejó a socialistas dominados por la nómina gubernamental.

México tiene ahora instituciones académicas poco vinculadas entre ellas, muy idealistas, sin relación con el mundo productivo o político. Pocos proyectos empresariales surgen de las aulas, y pocos políticos suman en su acerbo las destrezas diplomáticas, los referentes axiológicos y las técnicas probadas requeridas para un buen gobierno. Pareciera que la Universidad sirve acaso como escalera y diferenciador social, pero poco o casi nada como reflexión y experimentación viva de realidades.

Es más fácil encontrar teorías europeas o norteamericanas que experimentos propios en cualquiera de las ciencias. Seguimos pensando que nuestra ruta está en seguir las novedades de las metrópolis que optimizar la propia experiencia, buena o mala. Carecemos de estudios locales en muchas ramas, pero absorbemos y explicamos los ejemplos de otros. Mirando hacia fuera la mayor parte del tiempo, dedicamos poco a indagar las causas endógenas de nuestros males.<sup>13</sup>

Aquí dejo mi reflexión sobre la Universidad y paso, así sea sumariamente, por la entelequia de Latinoamérica,<sup>14</sup> cualquier cosa que esto signifique, si es que existe. Me pregunto si Latinoamérica no fue más que un subterfugio

<sup>10</sup> Ver el artículo de Juan A. Ortega y Medina, "La aportación de los historiadores españoles trasterados a la historiografía mexicana" en Álvaro Matute (editor). Estudios de Historia moderna y contemporánea en México, Vol.10. UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas: México, 1986.

<sup>11</sup> Durante la década de los años cuarenta se fundaron universidades privadas, laicas o de inspiración cristiana como la Iberoamericana, el Tecnológico de Monterrey o el Tecnológico Autónomo. Lo anterior con el fin de presentar una alternativa a la educación oficialista o de tendencia socialista. Ver artículo de Adrián Acosta Silva. "La educación superior privada en México", en [www.iesalc.unesco.org](http://www.iesalc.unesco.org).ve Julio del 2005.

<sup>12</sup> Una visión "francesa" del conjunto latinoamericano en Alain Rouquié. América latina. Introducción al extremo occidente. Siglo XXI Editores: México, 2001.

<sup>13</sup> Consultar el artículo de Mario Vázquez Olivera, "¿Repúblicas hermanas? En pos de una política hacia América Latina", en la obra colectiva de Jorge Schiavon, Daniel Spenser y Mario Vázquez (editores). En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México., Siglos XIX y XX. SER-AHD-CIDE: México, 2006.

<sup>14</sup> Me refiero al texto clásico de José María Arguedas. Los ríos profundos. Editorial Losada: Buenos Aires, 1973.

francés para reclamar espacios a España e Inglaterra y para cortar el paso a los estadounidenses. ¿Cuántas regiones componen este enorme subcontinente? ¿Por qué negociamos y viajamos más hacia el norte que hacia el sur?

Son preguntas que buscan provocar, porque Latinoamérica ha estado más en el discurso que en los pactos, los intercambios comerciales y la política internacional.<sup>15</sup> Si queremos que esta región diga algo a una sola voz, debemos encontrar en nuestros ríos profundos,<sup>16</sup> las corrientes internas que nos unen y reformular el proyecto unitario sobre bases concretas.

En el fondo todos sabemos que la lengua, la religión, el mestizaje multifacético, la calidez humana, los colores y, por qué no decirlo, nuestras diferencias con otras subregiones o continentes, nos hacen semejantes entre nosotros. Pero el desafío no consiste en reconocer la alteridad, sino el sentido positivo que ésta tiene, para proponer al mundo lo que la diversidad latinoamericana tiene como factor de unidad para el orbe.

Mi propuesta es ir por partes, por sectores, por subregiones, por afectos. Latinoamérica es demasiado grande y presenta tantas complejidades, que valdría la pena ser humildes en la conformación de acuerdos comunes. El enorme anhelo de una patria más grande, requiere de la edificación de pequeños pasos concretos y específicos. No es posible que los Andes impidan pequeñas alianzas en aspectos tan graves como el energético, o que de Puebla a Panamá seamos incapaces de lograr un solo proyecto migratorio.

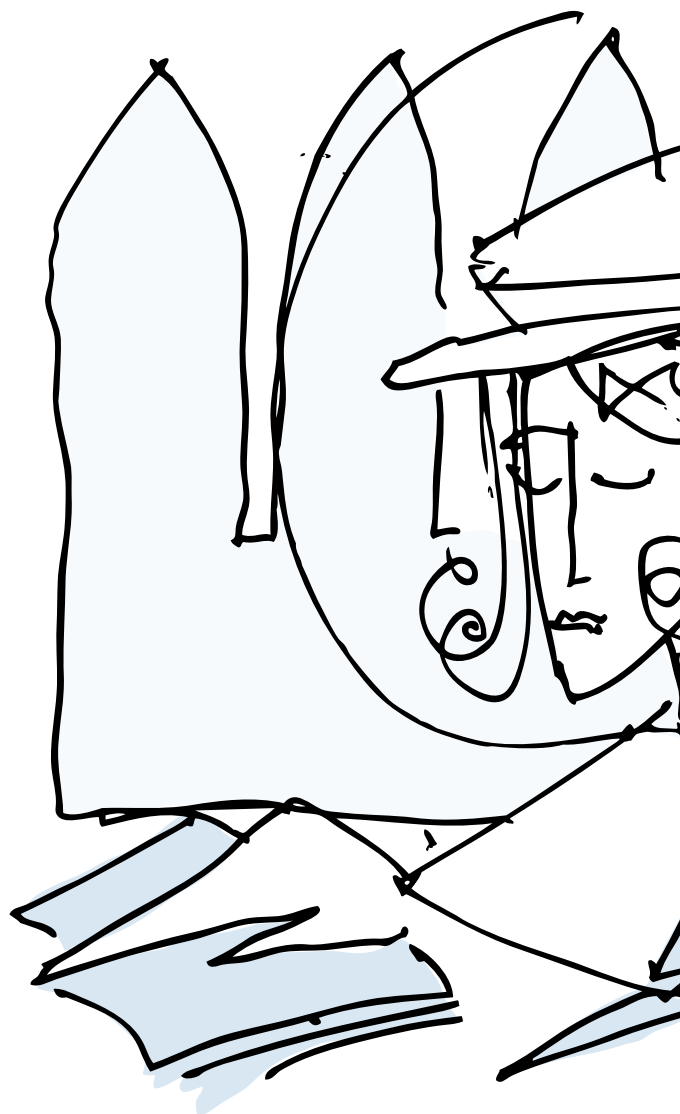
No hay que esperar a las metrópolis para hacerlo ni necesariamente viajar afuera para importar modelos. Por ahora en México está de moda tratar institucionalizar los juicios orales como solución al enorme problema de la injusticia. El modelo es el inglés. Pero esto es una ironía cuando sabemos que nuestros pueblos originarios practicaban y practican esas fórmulas por siglos y que, a pesar del impacto del virreinato, supieron adecuarse a las leyes del Consejo de Indias.<sup>17</sup> ¿Por qué no construimos sobre los cimientos de la casa?

Mientras no nos aceptemos como somos, extremo occidental en latencia, seguiremos buscando nuestro destino en París, Madrid o Nueva York. Con las elites ilustradas intentando plantar árboles exógenos y un pueblo latinoamericano tratando de huir de esas mismas elites incomprendidas. Me pregunto si es la hora de Hispanoamérica o si la región es aún una colonia culturalmente dependiente.

<sup>15</sup> Ver por ejemplo de Woodrow Borah. El juzgado general de los indios en la Nueva España. FCE: México, 1985. Igualmente Carlos Durand, Miguel Ángel Sámano y Gerardo Gómez. Hacia una fundamentación teórica de la costumbre jurídica india. Universidad Autónoma de Chapingo-Plaza y Valdes: México, 2000.

<sup>16</sup> Jacques Maritain. Humanismo integral. Ediciones Palabra: Madrid, 1999.

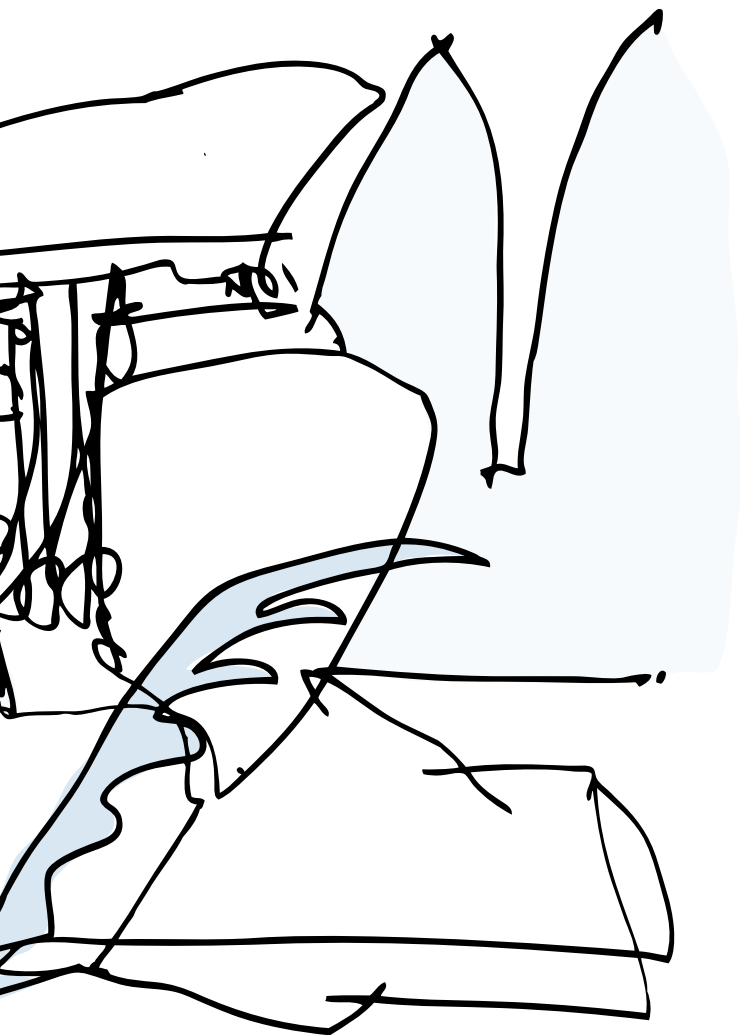
<sup>17</sup> Emmanuel Mounier. Manifiesto en favor de la persona. Taurus: México, 1997.



Resumiendo en esta parte, insistiría en privilegiar la confianza en nosotros mismos y partir de los recursos que la cultura y la historia nos proveen, con el fin de asumir la dirección de nuestro destino. Adicionalmente, comenzar la gran tarea de unir la patria grande, a partir de la cristalización de tareas y realizaciones prácticas. Así sean menores en apariencia. Porque sólo la vivencia de pequeñas solidaridades supra nacionales podrá dar como resultado una magna reciprocidad latinoamericana. No quisiera abundar más en los problemas que Latinoamérica tiene para ser y expresarse.

Finalmente, hablaré del humanismo integral,<sup>18</sup> ese que generó una polvareda en Sudamérica, ya que en México la Iglesia escondida por los arreglos vergonzantes con el gobierno jacobino, no tuvo espacio para discutir siquiera las tesis del judío católico francés universal, Jacques Maritain. ¿Qué tiene que decir ahora un autor de entre

<sup>18</sup> Sobre una teoría del Estado construido desde y por la familia, consultar el trabajo de Rafael Alvira. El lugar al que se vuelve. Reflexiones sobre la familia. EUNSA: Pamplona, 1998.



guerras? ¿No caemos de nuevo en el truco del espejo importado que deforma nuestra realidad?

No lo creo, porque no se trata de ocultarse de las influencias exteriores, en una sana interdependencia. Pero, sobre todo, porque sus propuestas no son sino semillas de las ciencias sociales que se siembran por igual en todo el mundo y que, sin embargo, producen frutos diferentes. La persona, la familia, los cuerpos intermedios, son verdades de aquí y de allá, pero se expresan diferentemente, por fortuna y para regocijo de todos.

El humanismo cristiano es buscarse a sí mismo y encontrar el valor que tenemos cada uno ante Dios y ante el prójimo, la familia y la comunidad. Es atreverse a desplegar las potencias que el Altísimo cifró para cada cual. El personalismo comunitario <sup>(18)</sup> conjuga a esa persona con su grey cercana, permite que los antiguos pueblos americanos sigan siendo lo que son y que sean cada vez más en la interacción con otros. No excluye el cambio ni aniquila la identidad, no pide el suicidio cultural sino que alienta y optimiza la expresión original.

La democracia cristiana americana debe ser tan vasta y diversa como la europea y, por supuesto, distinta en virtud al elemento originario de las culturas, pero también merced al influjo protestante anglosajón, venga éste ya sea de las islas británicas o de Norteamérica. Deberá construir estados diversos al prusiano, al de Luis XIV o al inglés, simple y sencillamente porque nuestra trayectoria y estilo es diferente; y porque ningún pueblo de ningún país ha sido eficaz ni relevante sin un Estado fuerte.

Nuestra apuesta debe ser por la familia, principal forma estatal con que contamos. Ni los gobiernos, ni los partidos, ni el ejército o las iglesias, gozan de igual confianza entre nosotros, ese es el cimiento más seguro sobre el que podemos construir otras instituciones. La familia latinoamericana, desde la nuclear, pasando por la de la comunidad, luego por la gran familia nacional y, finalmente, la continental, debe ser el centro de los estudios e investigaciones académicas, así como de los programas de las asociaciones y de las políticas públicas gubernamentales.

Esa es la tarea colosal que las universidades católicas (por lo tanto globales) y las de inspiración humanista, enfrentan. Al igual que la clase política de esta región, hasta ahora poco digna o limitada en sus resultados, la academia debe dejar de ser dependiente para convertirse en interdependiente y asumir su rol en un espacio de la historia. Porque sin un imaginario común suficientemente retador, forjado en los corrillos universitarios, los políticos seguiremos adoleciendo de respuestas y programas específicos.

Sin motivos espirituales labrados en el corazón, el pueblo latinoamericano seguirá siendo como aquel personaje de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*,<sup>19</sup> que camina buscando a su padre en el mundo de los muertos. O, por otra parte, como Faustino Sarmiento,<sup>20</sup> que concebía una Argentina como los Estados Unidos. Algo así como negar la propia individualidad nacional de cada uno. Como si, de acuerdo con Emmanuel Mounier, la eminente dignidad de la persona humana no tuviese derecho a desdoblarse en las familias grandes que conforman nuestras patrias.

Personalmente prefiero pensar que el presente y el futuro de nuestra región, y de cada país en lo particular, depende de la sinceridad con que reconocamos lo diverso que somos y crezcamos a partir de ello. Nuestro ayllu es ahora un continente, quizá el mundo entero. No tenemos que dejar de ser lo que somos para ser mejores, pero si nos negamos al mercado de identidades y culturas, corremos el riesgo de perder incluso eso que nos hace diferentes. ■

<sup>19</sup> Juan Rulfo. *Pedro Páramo*. FCE: México.

<sup>20</sup> Ver de Domingo Faustino Sarmiento. *Civilización y barbarie*. Vida de Juan Facundo Quiroga. Porrúa: México, 1996.